

é imborrable como aquel arroyo, por indicación de Jaramillo, que procuraba hacer el cuento largo, armaron los teodolitos, niveláronlos y apuntaron el anteojo hacia el picacho del cerro Colorado. Era digno, en verdad, de ser visto aquel hermoso apéndice. A distancia parecía de medianas dimensiones; ya en aquel sitio y aun á la simple vista, destacábase imponente en la altura. Observado con el anteojo, revelábase tan grande y gigantesco, como nunca lo hubieran sospechado los habitantes del valle, á quienes se les figuraba simple roca, elevada y desnuda sobre la cima. En realidad, era una montaña sobre otra: Peleón sobre Osa. Predilecto de las nubes, mirábase frecuentemente envuelto en ellas, como en manto real de armiño; otras veces las atravesaba triunfante, y destacándose sobre la blanca línea horizontal, parecía ofrenda presentada á los cielos en inmensa salvilla de plata. En aquellos instantes destacábase enhiesto, sin bruma ni nube que le velase, y se manifestaba tan grande, imponente y abrupto, que inspiraba tanto deleite como pasmo. Los circunstantes acudieron por turno á poner la pupila en el anteojo para

gozar el encanto de tan espléndido cuadro.

Entretanto que trabajaban los peritos, echose la comitiva á descansar sobre el verde tapiz, á la sombra movible de la arboleda, en medio de una atmósfera saturada de emanaciones bucólicas y de gritos de loros y rumores del céfiro. Los caballos atados á los árboles, y libres del incómodo freno, inclinaban gozosos la cabeza pastando la hierba apetitosa, y sacudían la crin y la cola en señal de regocijo. Los ginetes con las piernas cruzadas hacia delante al estilo turco, sentían más ó menos la belleza del paisaje; y ninguno la vió con indiferencia, ni aun el mismo parisiense Camposorio. A poco aparecieron las botellas de coñac, que pasaron de mano en mano; y la gran diligencia judicial, que amenazó ser tan fastidiosa, convirtiose en ruidoso y alegre festejo. Entabláronse animadas conversaciones, refiriéronse anécdotas, historias é historietas, y entonáronse algunas cancioncillas por los rancheros que tenían buena voz, con alborotado acompañamiento de pericos. Sólo don Pedro mantúvose apartado del grupo, grave y taciturno. Los licencia-

dos se reunieron para hablar de cosas del oficio, olvidando por un momento que eran suizos destinados á defender causas diversas. Así se pasó el rato en grata conversación y compañía.

Cerca de las doce, don Miguel, el juez y su comitiva despidiéronse para ir á comer al Chopo, quedando comprometidos á volver á aquel sitio á las tres de la tarde para continuar la diligencia. Don Pedro y su gente comieron en el Monte sobre el césped, excepto don Gregorio Muñoz, quien siguió disfrutando el privilegio de la silla y de la mesa. No por servirse los manjares en el humilde suelo, ni por servir de comedor la cumbre de una montaña, fueron aquellos escasos, corrientes ó de mala calidad; era hombre don Pedro que sabía hacer las cosas, y las había dispuesto tan bien y con tanta largueza, que, con sorpresa general, abundó en la comida lo mejor y exquisito, con todo y parecer aquel sitio predestinado para la abstinencia del anacoreta. Mozos de á pie, que recordaban á los antiguos *tamanes* ú hombres-acémilas del tiempo de la conquista, habían subido por aquellos desfiladeros, cargados de grandes cestos donde vinieron los manjares, la

loza, la cristalería, los manteles y las botellas. Así fué que, tendido el blanco lino sobre las hojas secas, y repartidos los platos y cubiertos, fué servido un banquete en toda forma, al cual nada hizo falta, ni la sopa humeante, ni el asado succulento, ni las verduras, ni los postres, ni la tacita de café aromático; todo alternado con la indispensable copa de Jerez al principio, el vino tinto en el medio y el champaña y el coñac para concluir. Los ecos del Monte de los Pericos resonaron azorados al oír el estampido de los taponos de la *Viuda Oligot Ponsardin*, que parecía como fuego de fusiles abierto sobre aquellas vírgenes soledades.

Fué general la alegría, sin que nadie empero se achispase. Sólo don Simón Ocegüera y el licenciado Muñoz manifestáronse un tanto más entusiastas y comunicativos que de ordinario.

—Lo que soy yo, dijo Ocegüera, respondiendo con la cabeza de que don Miguel no gana la cuestión. Si acaso la ganara en lo judicial por enredos de su licenciado, ni yo ni los demás sirvientes del amo don Pedro habíamos de permitir el despojo. Lo impediríamos á lo hombre.

—¡ A mí me encanta Ocegüera! exclamó Muñoz con rostro placentero.

—Favor que me hace su mercé.

—No, amigo, es justicia que Ud. se merece.

—Lo que importa es que no se deje ganar su mercé por ese licenciado Jaramillo, que tiene cara de bellaco; sería una vergüenza....

—Se hará cuanto se pueda, amigo, repuso don Gregorio apurando una copa.

—Con permiso de su mercé, voy á echar un brindis. —¿ Me dispensa el atrevimiento?

—Hombre, haga lo que guste.

—Pos brindo porque á don Miguel se le quite lo testarudo y lo envidioso; porque este Monte no pertenezca nunca al Chopo, mas que nos *atirantemos* todos los habitantes del Palmar; porque el amo don Pedro gane todas las cuestiones que tiene con su compadre; y porque al licenciado Jaramillo se lo lleven los demonios.

—Amén, dijo el licenciado batiendo palmas.

—Ahora le toca á usted, señor licenciado, dijo don Simón.

—Sí, señor, apoyó Gonzalo; si usted nos hace ese favor.

—¡ El señor licenciado! ¡ el señor licenciado! gritaron Estebanito, Ocegüera, y un coro de voces.

—Está bien, señores, con mucho gusto.

Don Gregorio sacó la caja de rapé, le dió los golpecitos de ordenanza con el índice de la mano derecha, la abrió y les ofreció un polvo á los circunstantes, sin duda con el propósito de ganar tiempo. Tomó por anticipo dos buenos sorbos de Champaña, y en seguida se puso en pie, con la misma solemnidad con que lo hubiera hecho en un banquete oficial, ó en la Cámara de Diputados de la Unión.

—*Grandísima y nobilísima* es, dijo, la profesión del abogado, señores. Defender la justicia, sacar la espada en favor del débil, sostener el imperio de la ley, batallar en favor del orden y de la paz sociales..... ¿ qué puede haber más digno y glorioso en el trabajo humano? Por mí sé decir que me consagro al desempeño de la abogacía con inmenso orgullo, no como el mercenario que trabaja en favor de cualquier causa por ganarse el pan del sustento, sino como el

sacerdote que ejerce su ministerio con devoción, recogimiento y respeto... (¡Bien! ¡Bien! exclamó Ocegüera). Pero nunca abrazo la defensa de ninguna causa con mayor entusiasmo, que cuando se trata de la de un amigo *queridísimo*, como es para mí don Pedro Ruíz, mi viejo cliente. Para defender sus intereses, me parece pequeño todo esfuerzo..... (Eso, eso, murmuró Ocegüera). Señores, nos encontramos en el Monte de los Pericos, que es el terreno disputado por don Miguel Díaz con mala fe *marcadísima*. En este sitio *bellísimo* declaro con toda la energía de que soy capaz: primero, que el pleito seguido por don Miguel es *injustísimo*, y segundo, que pondré de mi parte lo poco que soy, (¡Es usted mucho! gritó Ocegüera) lo poco que valgo.... (¡Vale usted mucho! observó el mismo) para impedir que se realice el despojo meditado por ese compadre inicuo, por ese colindante invasor y agresivo. Ustedes son testigos de mi juramento; lo digo en presencia de esta hermosa naturaleza, que ostenta sus galas en derredor nuestro, en presencia de esos árboles gigantescos que nos dan sombra, en presencia.....

—De esos verdes pericos, concluyó Estebanito creyendo decir un chiste de buen gusto. Don Gregorio se volvió á él con ojos centellantes. La concurrencia estuvo á punto de desternillarse de risa: pero dominó, aunque á duras penas, la hilaridad, y después que Gonzalo hubo impuesto silencio con indignación al tenedor de libros, continuó sin desconcertarse y casi á gritos el gran orador:

--¡ En presencia de esos pericos alborotados, que parecen escandalizarse de las pretensiones del invasor, y que no cesan en su lengua particular, de protestar contra su inaudito descaro, desde que le vieran no ha mucho, profanar con su osada planta esta tierra consagrada por el trabajo y defendida por el derecho!

Una tempestad de aplausos siguió á esas palabras grandilocuentes, á esa salida *habilísima*, á ese triunfo alcanzado por la elocuencia sobre el escollo de la ridiculez; aquella ridiculez creada por la necesidad de un pobrete mal aconsejado, á quien probablemente habían trastornado un tanto el seso los humos del champaña. Uno por uno fueron llegando los circunstantes á abrazar

al insigne orador, quien recibió con grata efusión las manifestaciones de admiración y de entusiasmo que se le tributaron. Estaban llegó el último.

—Señor licenciado, quiero que me haga favor de dispensarme.

—Amigo, usted ha querido jugarme una mala pasada.

—¡Dios me libre! señor licenciado, no supe lo que dije....

—Puede usted creerle, señor don Gregorio, saltó don Pedro; este pobre muchacho es inofensivo.

Echóle Muñoz una mirada escudriñadora examinándole de alto abajo, y hallóle tan enlenguado, encogido y bueno para nada, que se convenció de la verdad de lo que se le decía; así es que soltando una carcajada, enlazó con sus brazos atléticos el talle desmedrado del tenedor de libros diciéndole:

—¡Eh! hombre á estas alturas (é hizo signo con la mano, como de tomar una copa) todo es broma, y todos estamos de broma. Además, á la vista de los loros ¿á quién no se le antoja hablar como ellos, sin saber lo que dice?

—¡Jé! jé! mil gracias, repuso Estebanito

medio penetrado de la intención de don Gregorio, y riendo con dificultad, mil gracias.

En esto llegó la hora de continuar el trabajo; recogieron los manteles y utensilios del servicio, y se apercibieron los caballeros para continuar la expedición. No tardaron en llegar el juez, don Miguel y demás personas que los acompañaban.

—Una palabra, dijo don Gregorio antes de que los grupos reunidos emprendieran la marcha; á nombre de mi poderdante don Pedro Ruiz, protesto de la manera más solemne contra la invasión de su propiedad y contra el menosprecio del Código, y protesto asimismo hacer uso de todos los recursos legales para obtener una reparación plena.

—Con todo y eso, repuso el juez desdenosamente, adelante, señores, no hay que perder tiempo. *¡Je ne m'en fiche pas mal!*

—Está bien, repuso don Gregorio; pero quiero que mi protesta conste en el acta, y que se reciba.

No hubo remedio. Don Gregorio era tenaz como pocos, y obligó al secretario á apearse del caballo y á escribir la protesta

bajo su dictado. Con ella concluyó el acta de la mañana, que aun no se cerraba, y fué suscrita por el juez, las partes, sus abogados, los peritos y el secretario.

Concluido el incidente, púsose en marcha el pelotón, y como á las cuatro de la tarde llegó al Arroyo de los Laureles, después de haber cruzado el hermoso bosque de añosos robles que se agrupa al pie del Monte de los Pericos, hacia el interior del Palmar. Allí se detuvo la comitiva. Sacó don Miguel de las cantinas una escritura muy vieja y la entregó á Jaramillo.

—Este es, dijo Jaramillo, el legítimo lindero del Chopo con el Palmar. Así lo dice el título primordial de la hacienda: “Por el Norte (continuó leyendo) linda con un sitio llamado Palmar, y llega la línea hasta el arroyo que baja de un cerro colorado, á la orilla de un monte tupido....” ése es el monte señor juez, prosiguió tendiendo la mano hacia el próximo cerro, éste es el arroyo, y el bosque tupido es el robledal que acabamos de pasar.

—El título del señor Díaz, objetó el licenciado Muñoz, coincide perfectamente con el de mi poderdante. El arroyo de que en

él se habla, es el de los Pinos; el cerro Colorado es el que vimos allá, (todavía conserva su nombre); y el monte tupido es el de los Pericos.

—No, señor juez, éste es el lindero, y éste el monte que aquí se menciona, objetó Jaramillo.

—¿Pero no ve Ud., compañero, que ese no es el cerro Colorado, sino el de las Cuchillas?

—Así se le llama en el título.

—Pero si nada tiene de colorado.

—Los antiguos eran unos bárbaros, repuso Jaramillo con desplante; no entendían de colores ni de nada. Eran capaces de llamar negro á lo blanco.

—Eso no pasa de ser un chiste, compañero. Además, Ud. acaba de leer que la línea divisoria con el Palmar llega hasta la orilla de un monte tupido. Llega, compañero, llega, no pasa; por consiguiente, el bosque de que se trata es el de los Pericos, porque el Arroyo de los Pinos está precisamente al comenzar ese monte.

—Este arroyo está también en la orilla de un bosque ¿*n'est ce pas?* objetó Camposorio.

—Sí, señor; pero no *al llegar al bosque, sino al concluir.*

—Eso no se expresa en la escritura, insistió Díaz.

—Es precisamente lo que se expresa.

—En fin, dijo el juez enfadado, vamos viendo qué es lo que dicen los identificantes, y nos quitamos de historias.

Procediose al examen de dichos testigos, y, aunque estaban preparados y aconsejados los de don Miguel, fueron desmentidos y derrotados por los de D. Pedro. Nó, el cerro de las Cuchillas era uno, y el Colorado era otro; que lo preguntaran á quien quisieran; hasta los ciegos lo sabían. El cerro Colorado era el que estaba del otro lado del Monte de los Pericos, y solamente los *frasteros*, los que no conocían aquellos terrenos, podían decir otra cosa. Pero Camposorio fué inflexible. Su plan, dijo, era que se trazasen dos líneas divisorias y se practicasen dos deslindes, para aprobar después el que le pareciese más ajustado á los títulos. Había oído ya las razones de ambas partes y las declaraciones de los testigos de identidad, conocía el terreno, se había penetrado de la cuestión y podría resolver con acierto.

Tornaron, pues, los peritos á armar sus instrumentos y á nivelarlos, y toda la tarde se pasó en aquellas ocupaciones.

Entretanto Camposorio y Jaramillo no dejaban de menudear los tragos de coñac. Eran los mozos los cantineros que llevaban el repuesto de botellas; las destapaban y las ofrecían á los concurrentes, y siguiendo el ejemplo de los amos, se habían achispado también, de suerte que tan candentes se hallaban los ánimos, que cualquier disputa habría bastado para producir una terrible y general conflagración.

Jaramillo, á pesar de su aturdimiento, lo comprendía, y como era hombre de poco ánimo, propúsose observar la mayor compostura, y desplegar su talento conciliador en aquellas circunstancias. Acercose á los más importantes de los presentes y les habló con afabilidad, teniendo para cada cual una broma, una lisonja ó un trago de coñac, según el caso.

—Vamos, don Pedro, dijo aproximándose á Ruiz, ¿por qué está Ud. tan retraído? Véngase acá para que charlemos.

—No me gusta charlar, repuso Ruiz secamente.

—Hombre, no sea rencoroso: ya ve Ud.: los abogados vivimos de los pleitos.

—Sí, ya sé que vive U. de los pleitos.

—No sea malo, don Pedro, repuso Jaramillo riendo con bajeza. ¿No quiere echarse un trago de coñac?

—Nunca bebo.

No fué posible mover aquella roca. Retirose Jaramillo lleno de rencor por el de saire. No pudiendo vengarse directamente de Ruiz, cuyo aspecto severo y varonil le infundía temor, acercose á Gonzalo y le llamó aparte. El joven, más abierto y espontáneo que su padre, y rebosando buena intencion y afecto para todos, recibiole con afabilidad.

—Un trago, don Gonzalo? Aquí donde no le mira su papá.

—Está bien, señor licenciado, mil gracias; y apuré el joven un poco del contenido de la botella.

—Ya le considero cómo estará de apenado por lo que pasa.

—Sí, señor, estoy muy afligido . . . entre la espada y la pared, como suele decirse.

—Por un lado su papá; por otro Ramoncita,

Gonzalo hizo con la cabeza señal de asentimiento.

—Tiene Ud. razón, prosiguió Jaramillo. El caso es grave; Dios sabe qué resultados podrá tener este pleito para Ud. y para ella.

—Espero en Dios que ningunos malos, señor licenciado.

—Ojalá así sea. Pero, mire Ud., dijo Jaramillo bajando la voz y como en tono confidencial, es preciso que ande Ud. con mucho cuidado, porque su señor suegro tiene el propósito de impedir á toda costa que Ud. se case con su hija.

—Sí, ya lo sé; pero ella me quiere.

—Las mujeres son muy variables.

—Ramona es juiciosa y sincera.

—Sin embargo, no tenga Ud. mucha confianza. Obsérvela y esté prevenido para todo.

—Gracias por el consejo; tengo fe absoluta en su cariño.

—Bueno De todas maneras, estimo conveniente ponerle á Ud. en autos. Aunque sea yo el apoderado de don Miguel, no los quiero mal á ustedes, ni á Ud. ni á su padre á pesar de que él no me quiere. ¿Qué tiene que ver el ejercicio de la profe-

sión con la estimación de las personas?... Y más á Ud., que no me ha hecho nada...

—Mil gracias.

—Pues bien, sólo por esto se lo digo, aunque se enoje el señor Díaz..... Ahora que comimos en el Chopo, observé algo que no me gustó..... por Ud., entre Ramoncita y Luis Medina.

Gonzalo sintió una angustia súbita, y se puso densamente pálido.

—Juntos estuvieron en la mesa, hablándose con mucho agrado y llenándose de consideraciones.

—Ramona es muy fina y bien educada....

—No; pero aquello fué demasiado. A todo el mundo le llamó la atención. Y como don Miguel no cesa de decir que Luis es quien le gusta para yerno, ella no puede ignorar que su conducta respecto de él debe ser muy precavida.

—La gente es maligna, señor licenciado; pero, ya le digo, tengo plena confianza.

—Vale más así, concluyó Jaramillo riendo; pero le repito, es menester que vigile mucho, porque el joven Medina anda muy interesado, y á ella no le parece mal..... En fin, Ud. sabe lo que hace. Para concluir,

le suplico guarde reserva acerca de lo que le acabo de decir, porque si no, pensaría don Miguel que le traicionaba.

—Pierda Ud. cuidado, á nadie le diré nada, repuso Gonzalo procurando dominar la emoción.

Jaramillo al despedirse del joven quedó satisfecho, pensando que le había dado un mal rato.

—Ya tiene sarna qué rascar para varios días, dijo para sí con fruición satánica.

Gonzalo, entretanto, se entregaba á amarguísimas reflexiones, pues si bien descansaba plenamente en la rectitud del corazón de Ramona, no podía menos de alarmarse al oír amonestaciones como aquellas; á fuer de enamorado, era profundamente celoso. Irritábale pensar que Ramona hubiese estado sentada á la mesa junto á Luis, que le hubiese dirigido la palabra, y que le hubiese sonreído, pues se le figuraba que aquellas cortesías le pertenecían á él solo, y que le habían sido sustraídas y robadas de una manera dolosa. En su pronunciado egoísmo, hubiera querido que Ramona no tuviese ojos sino para él, ni voz sino para él; ser en torno suyo, la atmósfera que la en-

volviera y la luz que penetrara por sus pupilas incendiándolas y cegándolas para que no viesen más que á él. Colérico y huracán, esquivó la compañía de Luis el resto de la tarde. Alejose de su lado cuanto pudo, y como éste le seguía á donde quiera que estaba, al fin resolvió marcharse de aquel sitio, porque le era insoportable la vista de tan amable y cumplido joven.

Al pedir á don Pedro la venia para retirarse, determinaron éste y el licenciado Muñoz que todos debían marcharse, por no ser necesaria ya su presencia. Así que luego se despidieron del juez y de su comitiva, y se pusieron en camino para el Palmar.

D. Pedro iba mudo y sombrío. El licenciado Muñoz se mostraba indignado y ponía el grito en el cielo, afeando la crasa ignorancia, tontería y mala intención de Jaramillo.

—Pero no hay cuidado, dije. Bien se guardará el juez de sancionar con su fallo semejante desatino. No se atreverá, don Pedro, no se atreverá.

La caravana tenía un aspecto melancólico. Los buenos rancheros creían que todo

se había perdido, por el hecho de haber pasado el juez hasta el Arroyo de los Laureles y de haberse quedado don Miguel y los suyos haciendo lo que les había dado la gana en terrenos del Palmar. Así es que la marcha fué lenta, triste y silenciosa, como la de un ejército derrotado.

Gonzalo era el más cabizbajo de todos. Tal era su aspecto de cansancio y amargura, que lo notó su padre.

—¿Qué tienes hijo? preguntole con cariño acercando á él su mulita. No te aflijas por lo que pasa. . . . no vale la pena.

—Padrecito, me aflijo por eso y por otra cosa que me dijo el licenciado Jaramillo.

—¿Qué te dijo ese bellaco?

—Me dijo que Ramona recibe bien á Luis Medina; que hoy comieron él y ella sentados á la mesa en sillas contiguas; y que estuvieron hechos los dos un terrón de amores.

—¿Eso te dijo?

—Sí, eso, y que mi tío don Miguel le dice á todo el mundo que no ha de permitir me case con su hija, y que Luis es quien le gusta para yerno.

—A lo último nada objeto, porque mi com-

padre está loco. Pero ¿qué comparación hay entre Luis y tú? Eres más buen mozo, más inteligente, más bueno; en todo le superas.

—Lo crees así porque me quieres; pero la verdad es que él vale más que yo. Por eso tengo miedo.

—Ese licenciado Jaramillo es un malvado. No creas nada de lo que te diga.

—¿De modo que opinas que no debo preocuparme?

—Te lo digo con toda sinceridad. Creo que no debes hacer aprecio de los chismes de ese tunante, y que Monchita no es capaz de engañarte.

Algo aliviado de sus penas sintiose Gonzalo con las palabras de su padre; sin embargo, continuó triste durante el camino.

Comenzaba á obscurecer cuando llegó el grupo á la hacienda. Los campesinos habían regresado ya de los potreros; la rancharía estaba quieta y silenciosa. La lívida luz del sol poniente que hería al soslayo las paredes de adobe y los techos de zacate, teñía las casas de la cuadrilla de una tinta amarillenta parecida á la que proyectan los blandones mortuorios.

De las chozas agrupadas en torno de la

casa principal, elevábase á esa hora, que era la del *Angelus*, el orfeón tiernísimo del *alabado*, entonado por los campesinos llenos de fe y de gratitud al Dios Omnipotente al terminar el trabajo del día. Ese canto sencillo impregnado de amor, de ruego, y de esperanza, subía al cielo en medio de la casllada naturaleza, como un eco imperfecto, pero hondo y sentido, del éxtasis del universo en aquellos instantes melancólicos.

